

plazan a Dios por los dioses/as: Deseo, Destino, Vida –es la “nueva” religiosidad con tendencia pagana–. La novela actual se centra en la “deconstrucción de la mitología histórica configurada por una Iglesia triunfante y dominadora que convierte a Dios en instrumento de su propio éxito” (p. 495) y en su repercusión en la educación de la “España del presente” (Cela, Delibes, Etxebarria, Gala, Matute, Moix, Montero, Pérez Reverte, Prada, Sanpedro, Villena...).

Por tanto, es un libro de referencia para todas las personas que estén interesadas en conocer a Dios desde posiciones filosóficas-teológicas.

Juana García Romero

GOTIA, O., *L'amore e il suo fascino. Bellezza e castità nella prospettiva di San Tommaso d'Aquino* (Cantagalli, Siena 2011). 491 pp. ISBN: 978-88-8272-576-1

Oana Maria Gotia, profesora de moral especial del Pontificio Instituto Juan Pablo II en Roma nos ofrece en este volumen su investigación de tesis doctoral que ha recibido tanto el premio *sub auspiciis* del citado Instituto cuanto del concurso *Veritas et Amor* en su sección “Cultura y Arte” edición del 2011 organizado por el Circolo “San Tommaso d'Aquino Onlus” por la mejor tesis que actualiza el pensamiento del Aquinate.

La cuestión que afronta la autora en su investigación es por qué el amor humano es bello y cuál es la fascinación de la virtud de la castidad que guía los deseos sexuales. Desde una perspectiva moral se pretende redescubrir el ligamen entre la belleza moral y la virtud de la castidad. Para responder a la cuestión se va a acudir a Santo Tomás de Aquino y a su original y sorprendente respuesta: la castidad es bella porque comporta un orden.

La obra se estructura en tres partes. En la primera se realiza un estudio de las fuentes que se subdivide en dos capítulos. El primer capítulo analiza las fuentes principales que aparecen en la q. 145 de la II-II de la *Summa Theologiae* dentro del contexto teológico en el que Sto. Tomás de Aquino se sitúa para estudiar la virtud de la templanza. Se examinan sucesivamente cinco fuentes principales: Platón, Aristóteles, Cicerón, Agustín y Dionisio Areopagita. La fuente platónica revela la intrínseca conexión entre la Belleza y el Bien. La respuesta del hombre a la Belleza no es la maravilla estética sino el amor que provoca un movimiento de atracción ascendente. La virtud es fruto del amor y del conocimiento de la realidad divina que se ofrece al hombre. Para Aristóteles, la templanza está íntimamente unida a la prudencia. La templanza tiene como misión la moderación de los placeres del tacto. A diferencia de Platón, el bien humano es concomitante a la acción y es determinado por la persona pru-

dente. Cicerón representa la transición del mundo griego al mundo latino. Con él, la vinculación entre bien y belleza deja de ser tan evidente, así como el vínculo entre templanza y prudencia. El bien honesto, debido al influjo estoico, es un bien definido únicamente de modo formal. Para indicar la belleza moral, Cicerón introduce un concepto nuevo, el *decorum*, que se refiere al modo como resplandece exteriormente la bondad moral. La razón cobra ahora un sentido dominador respecto a las pasiones. S. Agustín hereda el binomio ciceroniano *honestum-utile* y lo transforma en la distinción *uti-frui*. La definición de virtud como *ordo amoris* manifiesta la superación de la perspectiva racionalista que asomaba en Cicerón. Para el obispo de Hipona la belleza es amor por el Bien que es una Persona. Se trata, por consiguiente, de la belleza de un Dios tripersonal. Finalmente para el PseudoDionisio, siguiendo la tradición neoplatónica, el Bien es la existencia misma de Dios que en la creación difunde sobreabundantemente su bondad a las creaturas. Dios es luz inefable, invisible, pura, suprema claridad; la teología de la luz dionisiaca se inspira no solamente en el neoplatonismo sino principalmente en el Evangelio de S. Juan. La belleza conferida a las criaturas por Dios se manifiesta en la armonía entre ellas y en el esplendor. El amor posee una fuerza unificadora y al mismo tiempo un elemento específico del dinamismo amoroso es la salida de sí mismo, el éxtasis amoroso. El *exitus-reditus* es el marco en que se relacionan la bondad-belleza divina y la bondad-belleza de la acción humana. La conclusión de este primer capítulo es que las corrientes neoplatónica, aristotélica y ciceroniana confluyen de un modo original en la concepción de la virtud de la templanza y de la castidad en el Aquinate.

En el segundo capítulo se efectúa un breve repaso por las fuentes medievales inmediatamente anteriores a Sto. Tomás de Aquino para mostrar cómo se conjugan las fuentes filosóficas y patrísticas en la escuela de S. Víctor, en los teólogos de la escuela catedralicia de París, en la escuela de Chartres y en los teólogos medievales de la Universidad de París. La belleza de la templanza es un concepto casi ausente en los primeros autores medievales. Emerge a partir de Felipe el Canciller que introduce un explícito ligamen de la templanza con el amor por la belleza, a la vez que una vinculación de la virtud de la templanza con el Sumo Bien.

La segunda parte de la investigación, titulada “Hacia una integración de la belleza en la comprensión de la acción temperante”, se dedica a adentrarse en el estudio detallado de la virtud de la templanza en la obra de Sto. Tomás de Aquino. También esta segunda parte se subdivide en dos capítulos. En el capítulo tercero se estudia la relación entre belleza y templanza en los Comentarios al libro de las Sentencias, al libro De los Nombres Divinos, y a la Ética a Nicómaco. En estos comentarios se puede apreciar cómo a partir del inicial notable influjo de la tradición ciceroniana y agustiniana, se ha verificado un progresivo enriquecimiento con la incorporación del ligamen entre el orden de la razón y el amor proveniente de la fuente dionisiaca y el papel positivo de la virtud en la acción clarificado mediante el estudio de la ética aristotélica. El capítulo cuarto afronta la cuestión de la belleza de la templanza en la q. 145 de la II-II de la *Summa Theologiae*. El fundamento de la belleza de la templanza se encuentra en el orden que

la razón establece en los deseos de los placeres del tacto de la persona. Esta belleza es eliminada por los vicios opuestos a la templanza. Para comprender este orden racional de la virtud de la templanza se procede al análisis de las dos condiciones integrantes para la construcción de este orden. En primer lugar, el pudor como una reacción afectiva que manifiesta, por un lado, una carencia de perfección moral y, por otro, un inicio del camino hacia la virtud. En segundo lugar, la *bonestas* como la belleza que surge del orden de la razón como un auténtico bien de la persona. La bondad y la conveniencia del orden racional virtuoso para la persona se percibe como necesario, pero no se alcanza a comprender todavía cuál es el verdadero motivo por el que un tal orden racional finalizado al fin último, a la felicidad, sea bello.

La tercera parte de la obra, titulada “La castidad, virtud del amor hermoso” afronta los temas que permiten ofrecer una respuesta a la cuestión planteada al inicio y que han sido solamente apuntados anteriormente: el ligamen de la virtud de la castidad con el amor, con el placer, con el orden de la razón establecido por la prudencia, y el ligamen entre castidad y caridad.

En el capítulo quinto se propone comprender la verdad del amor, individuar el puesto del placer en el mismo y captar el modo en que el evento amoroso comporta en sí una belleza. Para ello la autora realiza un estudio del amor como pasión poniendo de relieve su estructura interpersonal y cómo la unión afectiva ilumina de un modo singular la vida de los amantes indicándoles un fin común: la comunión real con el amado. La dinámica afectiva conduce al amor como elección donde la participación de la voluntad es decisiva para que el amor sea un acto enteramente personal. Es entonces cuando se experimenta una armonía que hace resplandecer la intimidad de los amantes.

El placer no nace de una sensación, sino de una actividad. Su importancia es patente en la vida de las personas porque es un elemento precioso de la actividad humana. La naturaleza del placer sexual es específica, dado que no brota de una necesidad animal puramente instintiva, sino de una inclinación humana.

El capítulo sexto se consagra a mostrar cómo la belleza de la castidad es fruto de un amor integrado y finalizado a la persona. La castidad es, por consiguiente, la virtud del amor que comporta una belleza singular. Las disposiciones interiores preliminares a la castidad son el pudor, la continencia y la modestia. Mediante la castidad, los gestos del cuerpo se convierten en manifestaciones de amor que se dirigen a la persona.

El capítulo séptimo muestra de modo conclusivo cómo la caridad ofrece una novedad en la hermosura de la castidad, pues una de las características de la belleza hace referencia a la *integritas* total del amor que tiene como horizonte la comunión con Dios como fin último. La caridad no sofoca la humanidad de la persona sino que la hace respirar del soplo del Espíritu para ser vivificada y orientada desde su interior hacia Dios. El don de piedad ilumina de modo particular la virtud de la castidad generando el respeto y la reverencia hacia el amado, junto a la humildad y la modestia. El don divino de la caridad ofrece la participación en una nueva comunión que une a los esposos con Dios, uniéndolos simultáneamente entre sí.

El estudio se culmina con un útil índice de nombres y una sugestiva bibliografía. En el capítulo tercero existen errores en la correspondencia entre páginas y notas a pie de página y en el cuarto se repiten los números de notas 162 y 163 generando cierto desconcierto. Estos pequeños errores tipográficos probablemente más imputables al editor que a la autora, no empañan, sin embargo, un excelente trabajo, realizado con gran rigor metodológico. La gran originalidad y la actualidad del argumento hacen de esta investigación una lectura muy recomendable.

Juan de Dios Larrú

MELÉ, D. – CASTELLÀ, J. M^a. (eds), *El desarrollo humano integral. Comentarios interdisciplinarios a la encíclica Caritas in veritate de Benedicto XVI* (Editorial Iter, Barcelona 2010). 369 pp. ISBN: 978-84-938401-0-5

Este volumen, editado por los profesores Domènec Melé y Josep M^a Castellà, recoge en veinte capítulos un comentario a la tercera encíclica de Benedicto XVI, *Caritas in veritate*. La obra comienza con un breve prólogo del cardenal Lluís Martínez Sistach, arzobispo de Barcelona, y una presentación de los editores.

El comentario está estructurado en tres partes. La primera, titulada “Claves antropológicas y éticas del desarrollo humano integral”, contiene seis contribuciones que pretenden ahondar en los fundamentos del documento. En el primer capítulo, D. Melé nos ofrece una visión de conjunto de desarrollo humano auténtico e integral, y en qué modo la caridad evangélica se encuentra en el origen de la rica perspectiva ofrecida por la encíclica. A continuación, J. Costa rastrea las claves de antropología teológica que subyacen al documento. La caridad en la verdad como principio clave de la doctrina social de la Iglesia constituye una cierta novedad en la tradición magisterial, que no implica ruptura alguna con las enseñanzas precedentes. Con ella adquiere una particular importancia la dimensión operativa virtuosa de la dignidad de la persona humana. En el tercer capítulo, E. Martínez pone de relieve cómo la vocación de la persona al desarrollo humano integral tiene su origen en el amor de Dios. A partir de esta clave busca explicar la naturaleza y los requisitos de este desarrollo humano. En el cuarto capítulo, M. Mauri expone la contribución de la *Caritas in veritate* para la recuperación de la ley moral natural como camino para la elaboración de una ética amiga de la persona. Por su parte, F. Torralba diserta sobre cómo la técnica está al servicio del desarrollo humano integral. Distinguiendo entre técnica, teconología e ideología tecnicista el autor explica, siguiendo las líneas sugeridas en el documento, el papel que la técnica está llamada a jugar en favor de la persona. Por último, cierra la